

Frente al mar de las cinco tierras

Adrián Ruiz Fernández

“Con el futuro se acercan la
salvación y el peligro.”

(Apocalipsis, 20:1)

“La vida, por su hábito, [...] es
cambiar la faz del mundo
mediante trabajos incesantes
infinitamente pequeños.”

*(Proust, La fugitiva, En busca
del tiempo perdido)*

I. INTRODUCCIÓN

Un ensayo es una prueba, de modo que me gustaría pedirle al amable lector que me acompañase en este ensayo-prueba. En él viajará hacia atrás en el tiempo a través de una serie de instantáneas en las que se entrelazan ideas de pensadores y recuerdos pensados, formación y biografía. El objetivo no es menos ambicioso que el de proporcionar un ejemplo de cómo se abren las puertas del futuro.

Las primeras instantáneas están referidas a “modos de pensar el futuro” en la historia (II, III); las siguientes se reparten entre una anécdota (IV) y una conclusión (V).

II. LA PRIMERA IDEA DE FUTURO

Los adivinos de la antigua Mesopotamia practicaban la adivinación escrutando las entrañas de animales que sacrificaban para el ritual, como lo hacían en China con los insignes “huesos de dragón”. También, pensaban que a través del sueño se establecía

un hilo que comunicaba a dioses y humanos. De tal modo acudían en medio de la noche a los templos, pues allí esa comunicación hallaba el cauce idóneo.

Pienso que las ideas deben situarse en espacios, de modo que invito al lector a que imagine a estos hombres en medio de la noche abierta, adentrándose en un templo y dormitando, tendidos sobre el suelo tibio y bajo el calor divino, en busca de esa otra conversación fantástica que escapa siempre a las voces diurnas. Quizá en esta práctica onírico-advinatoria se entreve *in nuce* la promesa religiosa, o lo que Ernst Cassirer denominó la primera idea teórica del futuro. En efecto, si acudían al templo era porque estimaban que allí los dioses alumbrarían nocturnamente sus sueños otorgándoles claves para comprender el futuro, esa fuente inagotable de incertidumbre y angustia.

Tenemos aquí, pues, una de las primeras respuestas ante la imperiosa necesidad de prever el futuro: ese otro siempre extranjero e indómito.

III. GOETHE EN EL JUSTO MEDIO

En realidad, no hace falta remontarse a civilizaciones tan alejadas en el tiempo (¿o sí?). Interróguese el lector en la intimidad del allende de la lectura por los modos en que piensa *su* futuro. ¿Qué hay más allá de este momento? ¿Qué planes, qué proyectos, qué futuribles? ¿De qué manera *te* los planteas? Ciertamente, el futuro nos acerca a nuestros deseos, proyecciones; también a nuestros temores y angustias. Volvamos a nuestro cauce.

Hubo un tiempo en que el *exemplum* del pasado concedía cierta calma a los individuos a la hora de pensar el futuro. Como el lector ya sabrá, hablo del modelo de la *historia magistra vitae*. Sabemos lo que esto implica objetivamente; pero, ¿qué emoción despierta y con qué *pathos* envuelve al sujeto? En palabras de Ortega y Gasset:

“El hombre se siente relativamente tranquilo ante el porvenir porque se siente heredero

de un magnífico pasado.”¹

El mismo Ortega arguyó que la serenidad² que parecía desprender la figura del autor de *Fausto* se debía, en cierta medida, a su “fe en el progreso”, íntimamente ligada en Goethe a una concepción esencialmente invariable de la naturaleza y una confianza en el *exemplum* del pasado. Extraño cóctel, pues sabemos que esa “fe en el progreso” se convertiría más tarde en algo asaz distinto, tal como queda dibujado en la imagen del *Ángelus Novus* de Benjamin. Quizá era Goethe el gozne de una época, el justo medio entre la *historia magistra vitae*, que proporciona una continuidad sólida al ejercicio de pensar el futuro, y la fe en el progreso, que asegura un horizonte de perfectibilidad cada vez más desenganchado del pasado.

IV. ANTE EL TEATRO DEL MEDITERRÁNEO

Con apenas dieciocho años emprendí un viaje por Italia con dos de mis amigos de infancia en el que recorrimos cada cordón del frente de la bota: de Génova a Nápoles, pasando por la maravillosa *Cinque Terre*. En aquella aventura me creí Goethe en su viaje por Italia: indeciso, enfermo de vida y ebrio de pasión. Así lo apuntaba en mi cuaderno de bitácora. También me enamoré, aunque no como Walter Benjamin de una mujer (en una ocasión, cruzando de Nápoles a Ischia, nos equivocamos de isla bajándonos de tal modo en Capri; quizá por corregir esa errata perdí también a mi Asia Lacis). Sino que me enamoré de una puesta de sol prolongada por horas en la que, tocado por los eximentes y agonizantes rayos de lo que entendí como el último sol de la adolescencia, creí entrever algo semejante a una armonía entre el ritmo natural y el biográfico. Allí, *frente al mar que se abre a las cinco tierras*, lejos del hogar y ante aquella arrebolada última visión de la región de la adolescencia, afrontaba el final con

1 Ortega y Gasset, J., *Hombre y cultura en el siglo XX*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1957, pp. 110.

2 Si el lector desea saber más véase Trías, Eugenio, *Prefacio a Goethe*, editado por Acantilado y antes por Dopesa (1980). En este librito el filósofo barcelonés replica a Ortega, viendo en esa “serenidad” cierta “rigidez” con que se dibuja la “caricatura Goethe”.

dolor, pero sin pena; había en su color explosivo una promesa de futuro, pero una que cortaba radicalmente con el ayer, escindiéndolo, purgándolo en esa incendiada instantánea.

V. MEMORIA Y FUTURO

Siempre habrá, mientras haya pensamiento, algo en el pasado que todavía merece ser salvado, rescatado de la ruina –que es lo que ven los ángeles desde el futuro.

Ahora, ante el lector, me pregunto si todo aquello, es decir, esa visión italiana, no fue más bien fruto de una confusión, de la fantasía que era el cristal de mis lentes y que es el hilo con el que teje la memoria su complejo archivo. Una confusión también de la inveterada manía de un pensamiento que avanza por etapas comunicadas. Me pregunto si allí no se cerraba un ciclo como entendí y si, realmente, aquel no fue un momento catártico ante el teatro del mediterráneo, sino más bien..., más bien un extraño principio que exigía de una cesura, que ahora emerge para ser reintegrada sobre el texto.

Me pregunto si aquí, ante el teatro del mediterráneo al que nos hemos transportado imaginativamente, no hemos hallado algo parecido a un *método auxiliar* para hallar seguridad y certidumbre. Más allá, me pregunto si, sobre el texto, no hemos construido una verdadera alternativa, una que pasa por la recreación de las imágenes de la memoria, un trabajo, ciertamente, “incesante e infinitamente pequeño”.

La gran pregunta que me hago es por la licitud de corregir una imagen y pensar, por ejemplo, que frente al mar que se abre a las cinco tierras, mientras algunas gaviotas cruzaban el cielo encendido, se sincronizaba el tiempo del mundo y el de la biografía sí, pero que allí nacía también la historia.

Me pregunto si no hay, también, una memoria con capacidad de futuro, si no será ésta aquella facultad sin el trabajo de la cual, verdaderamente, con el futuro se acerca el peligro.